

ofrecen unas reflexiones canónicas sobre la filiación divina, una amplia bibliografía y los índices.

Propone el autor que el justo, el hijo de Dios, presentado por *Sabiduría*, es seguramente una imagen idealizada. En opinión del hagiógrafo no basta ser justo para ser hijo de Dios, sino que aquél debe creer en el Dios de Israel y vivir conforme a la justicia y a la sabiduría que, de hecho, se alcanza a través de Salomón. Este justo ideal vive conforme a los siete imperativos de Sab 1,1-15. A pesar de ser perseguido y morir a causa de su fe, recibirá en la escatología la salvación de Dios. A estas conclusiones, se añade un segundo grupo, que hace referencia a la singularidad del hijo de Dios de *Sabiduría*: ningún otro justo del Antiguo Testamento comparte todas las características del justo de *Sabiduría* (confianza en Dios, apartarse del camino de los impíos, misericordioso con los enemigos, llevar la Ley a todos, etc.); de nuevo, ningún otro perseguido o acosado del Antiguo Testamento (rasgo característico del justo) comparte todos los rasgos de acoso de *Sabiduría*; tan sólo el Siervo de Yahveh se asemeja al justo de *Sabiduría* en cuanto a los rasgos que determinan su soteriología; el Rey es el único personaje del Antiguo Testamento que presenta una filiación divina semejante a la del justo de *Sabiduría*; el jus-

to de *Sabiduría* no es directamente *el mesías*, aunque está abierto a ello. Conclusión última y definitiva del trabajo es que sólo Jesús comparte los rasgos principales del justo de *Sabiduría*. Aquí las reflexiones apuntan a que no se trata de una dependencia literaria ni a una pura casualidad, sino a una intencionalidad divina: «En conclusión, si bien el relato del justo no es una profecía, podemos afirmar que habla de Jesús en cuanto justo, y de un modo eminente por ser “el Justo”; que el justo de Sab prefigura a Jesús, el Hijo de Dios; y que la vida, muerte y resurrección de Jesús da cumplimiento al texto de Sab, no porque esté inacabado o anuncie algo futuro, sino por realizar diversos aspectos de Sab 1-6 *a priori* insospechados por el autor de Sab» (p. 384).

El presente trabajo es una valiosa aportación a las reflexiones sobre la hermenéutica bíblica y, concretamente, al tema de la filiación divina en el libro de la Sabiduría. Se trata de un estudio que es interesante no sólo para los especialistas. Sirve, además, para mostrar que la exégesis no es una vía tantas veces sin salida, que da soluciones pero que también suscita dudas, sino que puede y debe realmente contribuir a una mejor comprensión de la Revelación divina.

Juan Luis CABALLERO

---

**Elaine PAGELS y Karen L. KING**, *El Evangelio de Judas y la formación del cristianismo. Traducción, introducción y comentarios*, Barcelona: Kairós, 2008, 205 pp., 13 x 20, ISBN 978-84-7245-664-8.

El *Evangelio de Judas* es un breve texto escrito en copto y conservado, con numerosas lagunas, en el llamado Códice papiáceo de Tchacos, hallado en al-Minya (Egipto) en 1978 y datado como de los siglos III-IV. El manuscrito contiene tam-

bién otros textos: *Iakkobos* (también conservado en el tercer tratado del códice V de la biblioteca de Nag Hammadi, con el nombre de *Primer Apocalipsis de Santiago*), la *Carta de Pedro a Felipe* (también conservada en el códice VIII de Nag Hammadi) y

un texto denominado el *Libro de Allógenes* o «El Extranjero» (este texto no tiene conexión con el tratado del mismo título del códice XI de Nag Hammadi). La edición crítica del Códice de Tchacos corrió en su día a cargo de Rodolphe Kasser y Gregor Wurst. El libro de Pagels y King se enmarca en el contexto de la expectación creada por la publicación, por parte de *National Geographic*, de las fotografías de algunas páginas del manuscrito y del artículo correspondiente. Como ya ha ocurrido con casos similares, en estos textos se mezclan datos objetivos con algunos párrafos sensacionalistas, dirigidos a un gran público que no tiene las herramientas necesarias para juzgar con exactitud de qué se está hablando.

El libro consta de dos grandes partes: I. «Leyendo a Judas»; II. «El *Evangelio de Judas*». La primera es un ensayo sobre la «doctrina» del Evangelio de Judas, centrado en la relación de éste con Jesús y con los Doce, en el tema del sacrificio (uno de los temas «fuertes» del libro es la visión negativa de la muerte sacrificial de Cristo y del martirio) y la vida del Espíritu, y en los misterios del Reino. La segunda es la traducción del *Evangelio*, con notas y comentarios. En la Introducción, por su parte, se hace una especie de recreación de algunos aspectos de los orígenes del cristianismo. Las autoras dibujan una contienda interna, de la que unos salen vencedores y otros vencidos. Los primeros serían los que marcaron las reglas del juego y los segundos los que fueron olvidados. Testigo de los vencedores sería Ireneo de Lyon; entre los testigos de los vencidos se encontrarían los autores del *Evangelio de Judas*. Aceptar sin más esta visión, sin embargo, implica, necesariamente, dar al *Evangelio de Judas* una naturaleza y una relevancia que seguramente nunca tuvo, y dar unos cuantos saltos metodológicos bastante arriesgados.

En una breve reseña no podemos resumir el contenido del texto ni comentarlo.

Baste reseñar que sorprende la cantidad de afirmaciones heterodoxas que aparecen en las pocas páginas que constituyen el *Evangelio de Judas*. Las resumimos, usando para ello algunas palabras de A. Piñero, experto en literatura apócrifa. El Evangelio afirma que el Salvador revela los misterios del Reino, pero que los discípulos no le entienden. El único que lo hace es Judas, el cual, aunque es el número 12, va a ser el 13 de los discípulos: él se saldrá de la Docena que representa a la Gran Iglesia cristiana, «psíquica», que no entiende al Revelador. Jesús, este Revelador, se aleja de los discípulos, porque no le entienden, y se ríe de sus doctrinas y sus ritos: la Eucaristía, el Bautismo y el sacerdocio, por ejemplo. Jesús revela, entonces, tan sólo a Judas los misterios del Reino de Dios. La traición de este último vendrá por indicación del mismo Jesús. Judas cumplirá así su voluntad. Sin embargo, «lo» que se entregará a los sacerdotes, representantes del Demiurgo, es tan sólo el cuerpo aparente del Revelador. Con ello se sobreentiende que se realiza la salvación, que ya no puede ser impedida por el Demiurgo y sus agentes. Luego, Judas será alabado por las subsiguientes generaciones de gnósticos y conocedores, mientras que los hombres corrientes e ignorantes lo despreciarán como el traidor.

No entramos en la discusión de si el *Evangelio de Judas* es o no un texto gnóstico. Lo que parece dudoso es que sea un texto cristiano. Sin duda alguna, es un texto claramente herético, ya condenado en el siglo II. Respecto a su antigüedad, sólo podemos hacer suposiciones, una de las cuales, quizá la más plausible, sostiene que el texto copto sería una traducción de un texto griego, precisamente de mediados del siglo segundo. Poner a la misma altura los Evangelios canónicos y el *Evangelio de Judas* no tiene sentido, tanto por la fecha de composición como por la estima que la Iglesia manifestó por ellos. Asimismo, pen-

sar que el *Evangelio de Judas* refleja el pensamiento de una corriente representativa de cristianos es una hipótesis que no encuentra apoyos. El texto no contiene casi ninguna narración de hechos; tan sólo recoge las conversaciones de Jesucristo con los apóstoles, de los que no se da ningún nombre, y con Judas en particular, aunque todo ello prácticamente fuera del espacio y del tiempo. El mismo texto parece reflejar que fue escrito por alguien que no conocía ni la geografía palestina ni las costumbres judías. Su contenido es extraño a la teología y la filosofía de los cristianos, tanto de entonces como de ahora.

Pagels y King, profesoras de Religión (Princeton) y de Historia Eclesiástica (Harvard), respectivamente, son estudiosas de un alto nivel científico. Esto no signifi-

ca que todo lo que escriben esté dirigido al mundo académico. La publicación de su libro (el original inglés es de 2007) combina la buena edición de la traducción del *Evangelio* y unas notas y comentarios de calidad, con algunas afirmaciones algo sensacionalistas, y una visión bastante subjetiva de los orígenes del cristianismo. En todo caso, el análisis de este tipo de textos de la Antigüedad contribuye, sin duda, tanto al estudio especializado de la filología como de la historia de la cultura copta, del cristianismo primitivo y de la gnosis. Pero, en ningún caso, puede servir para redefinir la fe de la Iglesia de los orígenes, manifestada y transmitida por una abrumadora mayoría de testimonios antiguos y venerados por todas las iglesias.

Juan Luis CABALLERO

---

**Dan JAFFÉ**, *El Talmud y los orígenes judíos del cristianismo. Jesús, Pablo y los judeo-cristianos en la literatura talmúdica*, Bilbao: DDB, 2009, 235 pp., 13,5 x 15,5, ISBN 978-84-330-2353-7.

«Esta obra es un estudio histórico. Tiene por objeto comprender y analizar diferentes textos de la literatura talmúdica de los primeros siglos de la era cristiana, como el Talmud de Jerusalén, el Talmud de Babilonia, la literatura midrásica, etc. (...). La literatura talmúdica comprende, sobre todo, la Misná. En consecuencia, habrá que situar este trabajo en el campo de la investigación histórica relativa específicamente a la sociedad judía de la Antigüedad clásica de los dos primeros siglos de la era cristiana. Sin embargo, nuestra atención no se centrará únicamente en la sociedad judía y en el judaísmo; se dirige igualmente a los orígenes judíos del cristianismo. En efecto, nuestro propósito consiste en analizar las fuentes judías en las que se habla del cristianismo» (p. 11). No se trata, sin em-

bargo, como aclara el autor, de un estudio exhaustivo; sólo se pretende analizar los textos más significativos de los dos primeros siglos.

Jaffé entiende por judeo-cristianismo antiguo al grupo religioso integrado por los discípulos judíos del movimiento de Jesús. El estudio de este grupo en las fuentes judías se centra en el contexto específico del judaísmo de los Sabios que nació a partir del año 70, tras la destrucción del Segundo Templo. Hay indicios de que, a partir de este momento, el judaísmo consolidó un proceso de normalización interna, regido por una *halaká* específica, y que desembocó en la expulsión de su seno de los elementos «extraños», que no se acomodaban a ella, como fue el caso de los que se habían hecho cristianos. De este